La Moderna Literatura Brasilera

(Conclusión)

Ronald de Carvalho, talentoso condottiere del modernismo; Oswald de Andrade, autor y crítico ultra; Renato de Almeida, director del Conservatorio de declamación, heroico voceador de las corrientes nuevas; Mario Moraes de Andrade, Ghillerme de Almeida, el poeta fantástico que imprime sus libros en el plumaje de todos los loros del trópico; Plinio Salgado, el ilustrado crítico de la Revista Novissima, el primero que rompió lanzas defendiendo a los modernistas; Agenor Barbosa, Sergio Milliet, Ribeiro Couto, poeta penumbrista, Sergio Buarfue de Hollanda, Tácito de Almeida, Manoel Bandeira, el músico Villalobos y tantos otros.

"La Semana de Arte Moderno" cayó en medio de la beatífica siesta del Arte Nacional como un bólido incandescente. Se proyectaron bellas cosas. Ir una noche con una yunta de bueyes y derribar a ese muñeco de chocolate que los eunucos del Arte afirman que reproduce a Olavo Bilac y que está dirigiendo el tráfico en la plazoleta donde finaliza la Avenida Paulistana.

Salieron de su marasmo reumático los académicos y reunieron sus valetudinarias huestes presentando batalla a las bárbaras metáforas de los hunos paulistas. Se trabaron entonces en la prensa del país las más encarnizadas polémicas y, raro milagro en un pueblo que parecía tan ajeno a toda cuestión de Arte, fueron seguidas con entusiasmo por todo el público. La atención de los lectores de los diarios fué subyugada por el ruidoso combate, prestándole la misma atención con que seguían las peripecias de un match sensacional.

De una parte los revolucionarios de San Pablo preconizaban un Arte nuevo, original, claro, actualizado, libre de penumbras académicas.

La lucha fué enconada contra los procesos del naturalismo todavía en boga en nuestros novelistas y contra el ideal parnasiano, todavía edulcurado en el verso anacrónico de los poetas en uso.

Mario Moraes de Andrade con su inopinada y desconcertante "Paulicia desvairada", mandaba abajo al columna Vendomee de los bardos oficiales ocupados todos en cantar petrarcalmente los pies, manos y ojos de sus Lauras suburbanas.

Este libro agresivo, sintetista, impresionista, levantó alarmas y aguzó alaridos. Fué el dardo violentamente asestado contra el calcañar de Aquiles del parnasianismo académico.

Oswald de Andrade en su hermosa novela "Los Condenados" imaginaba procesos inéditos de composición, iniciando la simultaneidad impresionista, alcanzando maravillosos efectos plásticos con su prosa colorida y nerviosa. Ghillerme de Almeida, Ronaldh de Carvalho, Manoel Bandeira, el bolcheviqui Alfonso Shemitd en el verso, con sus libros "Canciones griegas", "Epigramas irónicos y sentimentales", "Carnaval" y "Juventud", conducían hacia campos más vastos y más bellos los viejos versos reumáticos, claudicantes sobre los borceguíes geométricos y estrechos de los sonetos y de las silvas.

Un sentido profundamente brasileño resaltaba de los paisajes y de las cosas cantadas en esas obras, donde las emociones universales, comunes tanto a la Rusia de las estepas, como a la Argentina de cielo temblorosamente azul, como a la China de los lodazales donde florece el arroz, entraban en la moldura propia, sin parecer recién llegadas del Havre con una etiqueta azul, blanca y roja: París-France.

Poco a poco la solidez y el talento contenidos en todas estas obras, fueron venciendo las hostilidades que la demostración inicial de nuestra estética había despertado en toda la América brasileña.

En Pernambuco y en Río de Janeiro los apóstoles del nuevo credo comenzaron a evangelizar a los gentiles literarios y muchos Paulus trasnochados en el romanticismo, encontraron su camino de Damasco en las históricas tierras de Pedro I, respondiendo al grito de hacernos una tierra literaria autónoma.

La nacionalización de nuestro pensamiento, iniciada con la rebelión aislada del audaz Monteiro Lobato, ganó camino e instintivamente se hizo de la adhesión de la juventud y ese es su mayor triunfo y su actual manifestación de fuerza indomable: el apoyo de la juventud.

Pasaron ya tres años desde esa Semana famosa, pero los alaridos y patadas y cascotazos que amenazaban derrumbar el fastuoso edificio del Teatro Municipal, se trocaron hoy en aplausos. El arte de los nuevos atrae toda la atención del país, imponiéndose como "leader" de nuestra cultura actual.

Creo que en ninguna otra Nación de Sud América se verificase un hecho tan curioso que llamara sobre sí la atención colectiva...

—No, le interrumpe la melancolía indecible y envidiosa del porteño que hay en mí; no! En Buenos Aires el Teatro Municipal es algo que asusta. Cuando pasamos a su vera, nos quitamos el sombrero y le decimos a la musa que nos acompaña: Mirá que viejo bien conservado...

—¿Y por qué no lo asaltan?

—Por temor a la gendarmería volante. Vd. amigo, nos haría falta allá para encabezar la toma de la Bastilla.

Con voz de letanía, mojada en la penumbra de su vida costreñida a no ser nunca lo que se desea, repuso:

—Soy abogado, agricultor, jefe político de estas páginas, redactor oficial. Empuñé una carabina en la revolución con la gracia inelegante del literato que cree tener siempre un lapicero aunque tenga un telescopio entre sus manos. Tengo una fábrica de relojes y dirijo una empresa cinematográfica. Vivo en Perdices, lejos de aquí, escribo mucho, y yo que he levantado con mi atención continua e insistente desde las columnas de todos los diarios de mi país, a los compañeros de las letras, sé que soy odiado y envidiado. Me han pegado una etiqueta que me sienta como esas corbatas de mal gusto que usan los negros en el día de la Crucifixión. Me llaman cabotin, pero yo aseguro que soy el artista más escritor y el escritor más artista de toda esta inmensa selva, con cultura francesa, que es el Brasil. Me he renovado todos los días y aun he cambiado de credo estético con mayor facilidad que de calcetines. Odio lo estático, lo muerto. Mi grito es el del condottiero o el de los heroicos banderaintes que a pie, como globbe-trotters acorazados, conquistaron el interior de San Pablo. Soy modernista hasta la exasperación, y me emociona más el alarido de un auto a 200 kilómetros por hora que el balbuceo trémulo e inútil del "yo te amo".

Se calla un rato para tomar café. En Brasil se toma tanto café como aire para ventilar a los pulmones. No es precisamente aquel café que Oliverio Girondo, con gesto de dueño de pozos petroleros en Tampico, pagó no sé cuantos millones de reis para que le perfumara para siempre su poema sobre Río de Janeiro. No. Es el nuestro un café plebeyo, brevaje de cocheros, al decir de Balzac, que ingurgitamos convencidos de que es Moka o pesar que me cuesta cien reis o sean tres centavos, por más que no me llegue regularmente el giro bancario de mi editor.

De pronto este hombre seco y joven, con los ojos grises y la voluntad puntiaguda como un facón de malevo, empieza a desbarrar cosas fantásticas.

—Vd., me dice, va a dar una conferencia!

Yo me atraganto todo el café futuro que teñirá mis entrañas con el más bello negro humo del mundo.

—Vd. irá al teatro Municipal (de la cría de nuestro teatro Colón) y dirá una conferencia sobre poesía argentina. Yo le prometo que asistirá el presidente del Estado, la banda municipal, el cuerpo consular, los poetas negros, los muertos por la patria y los jubilados municipales, y puede que hayan palos y patadas.

Hago un gran gesto de horror. Con los cabellos erizados echo a correr por las calles, llevándome por delante a los miriñaques fallecidos de las negras vendedoras de empanadas. Siento su voz desde el semáforo del diario oficial reclamándome a la distancia. El toldo del cielo está lleno de tierra y la lluvia en él como en la célebre pared de aquel rey loco y pánida, me escribe solitariamente:

—Nunca serás conferencista, amigo mío.—Mane, Thecel, Fares.

El acento de la voz me trajo el recuerdo lejano de Sanin Cano y de las columnas de "La Nación". Se abrió el girasol de mi nostalgia hacia Boedo y caminé las jornadas clásicas, con las sandalias llenas de tierra, hasta la puerta del hogar paterno, de donde (contra toda justicia) no fuí expulsado otra vez. Me quedaban cien reis y los libros y las metáforas de Menotti del Picchia.

Creo que éste usó (no abusó) de mi nombre y dió la conferencia en sánscrito, diciendo que era yo el autor. Del dinero recaudado no supe nada y jamás le exigiré cuentas, angustiado ante la sola presunción de que me abra una cuenta corriente de palos y patadas que es la forma de transación comercial en las relaciones futuristas internacionales.

Nicolás OLIVARI.

NOTAS

MONUMENTO A HERNANDEZ. — La idea de levantar un monumento a José Hernández, que glorifique su creación del poema Martín Fierro, ha obtenido la mejor repercusión en todos los círculos, así sociales como intelectuales. La iniciativa se abrirá camino en consecuencia, y preseguiremos su desarrollo efectivo. En estos momentos invitamos a los simpatizantes con la idea a formar una comisión que corra con los trabajos necesarios y dé forma práctica al proyecto.

UNA GRAN REVISTA.—"Valoraciones", la notable revista del grupo Renovación de La Plata, se sitúa con su último número en el primer plano entre las revistas literarias de toda América. Es indiscutiblemente la publicación más seria y más importante con que cuenta la joven intelectualidad argentina. El número 7, de septiembre, es verdaderamente magnífico, por la calidad y riqueza del material, satisface ampliamente su tendencia moderna en literatura y artes plásticas, la lucidez con que sus colaboradores tratan temas de actualidad y discuten ideas ambientes y problemas planteados a la juventud.

Alejandro Korn, Costa Alvarez,—que trata con gran autoridad la cuestión del idioma—Henríquez Ureña, Carlos María Onetti, Ricardo Güiraldes, Alfredo Franceschi, Pedro Figari, Guillermo Korn, colaboran en primera línea, y la sección bibliográfica contiene excelentes artículos críticos de Alfredo Fernández García, Luis Aznar, Mora Guarnido, A. Korn, López Merino, Ferreyra Díaz, sin contar los intencionados comentarios de redacción, y la parte gráfica, que reproduce en gran tamaño y nítidamente obras de Figari, Travascio, Pettoruti, Julio Castellanos y numerosas viñetas de Castellanos, Lozano, Travascio, Korn y Best. Felicitamos calurosamente a los colegas que realizan tan bello y notable esfuerzo, y deseamos que prosigan la admirable obra emprendida.

EDICIONES DE CAMBACERES.—La nueva Editorial Minerva que emprendió ante el pesimismo general la reedición de las cuatro obras de Eugenio Cambaceres: "Silbidos de un vago", "Sin Rumbo", "Música Sentimental", "En la sangre", en impresiones de gran tiraje, ha visto premiado el esfuerzo con un éxito completo. En efecto, acaba de lanzar una nueva edición de "Silbidos de un vago", con una bonita y original carátula del joven dibujante Eduardo Muñiz, y se dispone a reeditar otras de estas obras del clásico argentino que, en estas columnas, examinó a la luz de la actualidad literaria nuestro compañero Maitre Hyppolite.

VEA EN LOS CINES: GAUMONT - EMPIRE - CALLAO - ALVEAR

3 MUJERES

PROGRAMA AJURIA ESPECIAL

PAULINE FREDERICK - MAY MC AVOY - MARIE PREVOST - LEW CODY

Sociedad General Cinematográfica